



Gabriel y Galán

p o e s í a



CENTROS
colección,8

POESÍA

JOSÉ MARÍA GABRIEL y GALÁN

prólogo

EMILIA PARDO BAZÁN

postfacios

FELIPE NÚÑEZ

FERNANDO R. DE LA FLOR

EDITORIAL



DELIRIO

ÍNDICE

11 **Prólogo** *Emilia Pardo Bazán*

39 **Castellanas**

- 41 El ama
- 51 Castellana
- 56 Lo inagotable
- 59 Cuentas del tío Mariano
- 63 Regreso
- 74 Ganadero
- 78 Puesta de sol
- 80 Mi montaraza
- 86 El poema del gañán
- 96 Presagio
- 100 Del viejo, el consejo
- 103 Canción
- 107 Invitación
- 110 Surco arriba y surco abajo
- 114 A su majestad el rey
- 118 Brindis
- 127 De ronda

133 **Nuevas Castellanas**

- 135 Las repúblicas
- 142 Los sedientos
- 146 Treno
- 148 El barbecho
- 152 Noche fecunda
- 155 ¡Trisca, vaquerillo!

157	¿Qué tendrá?
159	Las sementeras
164	Canto al trabajo
169	Mi música
175	La montaña
180	Un don Juan
185	Los dos soles
188	El arrullo del Atlántico
194	La balada de los tres
198	Ana María
213	A correo vuelto
216	La Galana
219	El amo
220	Canción
225	Dos nidos
228	La tregua

233 **Extremeñas**

235	El Cristu benditu
242	Varón
247	El embargo
249	La embajadora
252	El desahuciado
256	Sibarita
257	Los postres de la merienda
261	El desafío
264	Cara al cielo
269	Bálsamo casero
272	Campos vírgenes
274	La Cenéfica
278	La Jedihonda
282	La fabla del lugar

- 287 Plétora
- 289 El cantar de las chicharras
- 294 A Plasencia
- 299 Las represalias de Pablos

305 Religiosas

- 307 Inmaculada
- 315 Adoración
- 319 La pedrada
- 324 Desde el campo
- 328 Del charrete al baturrico
- 331 La Virgen de la Montaña
- 339 Almas
- 340 Soledad
- 345 Fe
- 349 Ciegos
- 352 Las sequías
- 355 Alegórica
- 357 Vamos a esperarlos
- 360 El catecismo
- 362 En todas partes
- 365 Vocación
- 372 Las sublimes
- 374 A solas
- 378 Bodas de oro
- 383 Dolor
- 386 Mensaje
- 394 Deuda
- 396 El Cristo de Velázquez
- 399 A la definición dogmática de
[la Inmaculada Concepción
- 405 A Teresa de Jesús

407 **Campesinas**

- 409 Fecundidad
- 415 Una nube
- 418 La espigadora
- 423 La romería del amor
- 431 La vela
- 435 Mi vaquerillo
- 438 Ara y canta
- 443 La ciega
- 446 El ramo
- 450 La flor del espino
- 455 ¿Por qué?
- 458 Amor
- 463 Idilio
- 465 Elegía
- 472 Los pastores de mi abuelo
- 477 Tradicional
- 481 Amor de madre
- 488 Dos paisajes
- 493 La jurdana
- 496 Nocturno montaños
- 500 Sortilegio
- 503 Las canciones de la noche
- 508 En la majada
- 512 La presea
- 524 La canción del terruño
- 527 Confidencias
- 531 Acuérdate de mí

535 **Primer postfacio** *Felipe Núñez*

537 **Segundo postfacio** *Fernando R. de la Flor*

PRÓLOGO¹

Emilia Pardo Bazán

No por modestia, sino por veracidad, digo que suelo ser mala prologuista. Lo contado de mi tiempo es la causa, pues no he de incurrir en la afectación de declararme incapaz de tornear un prólogo. Siempre alcanzada de tiempo, mis prólogos son rasguños. Pero en esta ocasión, tratándose de un poeta de la altura de José María Gabriel y Galán, sería caso de escribir largo y tendido. Hay clases en todo, y cuando pudiese perderse la noción de las diferencias entre los mortales, en los dominios del arte volveríamos á encontrarla.

Afortunadamente para mí, la tela del prólogo la tengo cortada en el discurso que leí en la memorable y solemne velada que la ciudad de Salamanca consagro al poeta, el día 26 de marzo de 1905. Si de aquel discurso reaparecen aquí conceptos y párrafos, será que no acertaré á expresar mejor que entonces las ideas formuladas en ellos.

Me atrevo, sin embargo, á indicar que, trazado ya aquel discurso, se confirmó mi admiración hacia el poeta, no solamente por la lectura de composiciones ó inéditas, ó insertas en periódicos de circulación reducida, sino muy principalmente por la contemplación de lugares, por la relación con personas, por esa mágica virtud del medio ambiente, que tanto ayuda á la comprensión de la obra de arte y de

1 Se ha respetado la puntuación original.

sentimiento; de la poesía, cuando es fiel trasunto del vivir. He pasado breves días en la tierra del autor de *Castellanas*, inolvidables días en que recibí tan halagüeñas impresiones que á esperarlas nunca me hubiese atrevido, y mediante el estímulo de la simpatía (que auxilia para comprender, mientras la antipatía es ciega), me he penetrado mejor de cuanto expresó y sintió el intérprete leal de la religión y la raza.

Una carta no más, muy extensa, me escribió el poeta charro, poco antes de su muerte. Yo tenía de él noticias que luego diré, y deseaba adquirir otras, con objeto de utilizarlas para un artículo, encargo de *La Revue*, de París, acerca de los *poetas nuevos*, de la última nidada. Este solo dato hará comprender hasta qué punto es joven la fama de Gabriel y Galán. Mi curiosidad ha sido siempre madrugadora; ansio «ver venir» algo distinto de lo que ya conocemos... y en octubre de 1904 no sabía de Gabriel y Galán sino referencias encomiásticas de mi primo Fernando Maldonado, marqués de Trives —y lo que saldrá á relucir más adelante—.

Ahora, releiendo la carta del poeta, encuentro en sus folios una biografía que sustituirá á la que yo pudiese trazar sin tan sugestiva sencillez.

«Nací —dice— de padres labradores, en Frades de la Sierra, pueblecillo de la provincia de Salamanca. Cursé en ésta y en Madrid la carrera de maestro de primera enseñanza. A los diecisiete años de edad obtuve por oposición la escuela de Guijuelo (Salamanca) donde viví cuatro años, y después, por oposición también, la de Piedrahita (Ávila) que regenté otros cuatro años. Contraí matrimonio con una joven extremeña; dimití el cargo que desempeñaba, porque mis aficiones todas estaban en el campo, y en él vivo consagrado al cultivo de unas tierras y al cuidado y al cariño de mi

EL AMA*

I

Yo aprendí en el hogar en qué se funda
la dicha más perfecta,
y para hacerla mía
quise yo ser como mi padre era
y busqué una mujer como mi madre
entre las hijas de mi hidalga tierra.
Y fui como mi padre, y fue mi esposa
viviente imagen de la madre muerta.
¡Un milagro de Dios, que ver me hizo
otra mujer como la santa aquella!

Compartían mis únicos amores
la amante compañera, la patria idolatrada,
la casa solariega,
con la heredada historia,
con la heredada hacienda.
Qué buena era la esposa
y qué feraz mi tierra!

* Poesía premiada con la flor natural en los Juegos Florales celebrados en Salamanca el 15 de septiembre de 1901.

¡Qué alegre era mi casa
y qué sana mi hacienda,
y con qué solidez estaba unida
la tradición de la honradez a ellas!

Una sencilla labradora, humilde,
hija de oscura castellana aldea;
una mujer trabajadora, honrada,
cristiana, amable, cariñosa y seria,
trocó mi casa en adorable idilio
que no pudo soñar ningún poeta.

¡Oh, cómo se suaviza
el penoso trajín de las faenas
cuando hay amor en casa
y con él mucho pan se amasa en ella
para los pobres que a su sombra viven,
para los pobres que por ella bregan!
¡Y cuánto lo agradecen, sin decirlo,
y cuánto por la casa se interesan,
y cómo ellos la cuidan,
y cómo Dios la aumenta!

Todo lo pudo la mujer cristiana,
logrólo todo la mujer discreta.

La vida en la alquería
giraba en torno de ella
pacífica y amable,
monótona y serena...

¡Y cómo la alegría y el trabajo
donde está la virtud se compenetran!

Lavando en el regato cristalino
cantaban las mozuelas,
y cantaba en los valles el vaquero,
y cantaban los mozos en las tierras,
y el aguador camino de la fuente,
y el cabrerillo en la pelada cuesta...
¡Y yo también cantaba,
que ella y el campo hiciéronme poeta!

Cantaba el equilibrio
de aquel alma serena
como los anchos cielos,
como los campos de mi amada tierra;
y cantaban también aquellos campos,
los de las pardas onduladas cuestas,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas serias,
los de las castas soledades hondas,
los de las grises lontananzas muertas...

El alma se empapaba
en la solemne clásica grandeza
que llenaba los ámbitos abiertos
del cielo y de la tierra.

¡Qué plácido el ambiente,
qué tranquilo el paisaje, qué serena
la atmósfera azulada se extendía
por sobre el haz de la llanura inmensa!

La brisa de la tarde
meneaba, amorosa, la alameda,
los zarzales floridos del cercado,
los guindos de la vega,

las mieses de la hoja,
la copa verde de la encina vieja...

¡Monorrítmica música del llano,
qué grato tu sonar, qué dulce era!

La gaita del pastor en la colina
lloraba las tonadas de la tierra,
cargadas de dulzuras,
cargadas de monótonas tristezas,
y dentro del sentido caían las cadencias,
como doradas gotas
de dulce miel que del panal fluyeran.

La vida era solemne;
puro y sereno el pensamiento era;
sosegado el sentir, como las brisas;
mudo y fuerte el amor, mansas las penas,
austeros los placeres,
raigadas las creencias,
sabroso el pan, reparador el sueño,
fácil el bien y pura la conciencia.

¡Qué deseos el alma
tenía de ser buena,
y cómo se llenaba de ternura
cuando Dios le decía que lo era!

II

Pero bien se conoce
que ya no vive ella;
el corazón, la vida de la casa

que alegraba el trajín de las tareas,
la mano bienhechora
que con las sales de enseñanzas
buenas amasó tanto pan para los pobres
que regaban, sudando, nuestra hacienda.

¡La vida en la alquería
se tiñó para siempre de tristeza!

Ya no alegran los mozos la besana
con las dulces tonadas de la tierra
que al paso perezoso de las yuntas
ajustaban sus lánguidas cadencias.

Mudos de casa salen,
mudos pasan el día en sus faenas,
tristes y mudos vuelven
y sin decirse una palabra cenan;
que está el aire de casa
cargado de tristeza,
y palabras y ruidos importunan
la rumia sosegada de las penas.

Y rezamos, reunidos, el Rosario,
sin decirnos por quién..., pero es por ella.
Que aunque ya no su voz a orar nos llama,
su recuerdo querido nos congrega,
y nos pone el Rosario entre los dedos
y las santas plegarias en la lengua.

¡Qué días y qué noches!
¡Con cuánta lentitud las horas ruedan
por encima del alma que está sola
llorando en las tinieblas!